

Los adolescentes

Augusto Mijares

Esta novela de Augusto Mijares fue publicada en 1958. El capítulo VI, aquí reproducido, lleva por título “Americanismos”. Ruego encarecidamente su lectura por todo venezolano que quiera entender lo que nos sucede, de la mano de la lucidez brillante de Mijares, que parece habernos legado estas páginas para descifrar este momento.

Laureano Márquez

Capítulo 6: Americanismos

En la superficie está el pueblo rutinario y sonriente; ese pueblo que si bien no está muy contento con su suerte, tampoco se siente desesperado. En todo caso sabe desahogarse a tiempo con un chiste, a veces un chiste contra sí mismo, o bien sublimiza a su manera el dolor del día convirtiéndose en protagonista imaginario del tango quejumbroso que esté de moda; o reza, o compra billetes de la lotería.

Pero más abajo hay otro pueblo que tiene hambre y sufre; y más abajo otro que tiene además la conciencia de su hambre y vive extasiado frente a un alucinante desfile de imágenes vengativas.

No es nada difícil que un hombre de los que pululan en estos tenebrosos fondos fantasmales suba a la superficie; basta cualquier movimiento de la fluctuante masa que está arriba. A veces, también, sube arrastrado por alguien que se ha zambullido a buscarlo; alguien que colocado en la altura privilegiada, necesita sin embargo un instrumento para sus rencores o apetitos. Porque también arriba —no vaya a creerse lo contrario— hay hambres y odios, y bajo mil formas diferentes: vanidad, lascivia, envidia; y está, sobre todo, la ágil codicia de los bien nutridos, que cada día ejercita su rapacidad con la delectación y el sentido de responsabilidad con que cumple su entrenamiento un buen atleta; y la codicia es hambre y crueldad a un mismo tiempo.

Hasta aquí eso puede aplicarse a cualquier nación del mundo. La diferencia entre nuestra América hispana y las otras naciones civilizadas comienza en la suerte que correrá ese intruso que violentamente aparece en la brillante superficie de la sociedad. En Europa, por ejemplo, ya el hecho mismo de su inesperado ascenso lo hace sospechoso, porque la sorpresa siempre predispone a la desconfianza y al rencor. Por otra parte, toda colectividad vieja se hace particularmente apta en conservarse vieja, y para eso posee una bien adiestrada y diversificada policía —leyes sociales, leyes morales, leyes penales, gendarmes, magistrados, periodismo,

ejército, costumbres y cárceles — que vela para que el orden establecido no se rompa. Es muy posible, pues, que en el momento mismo de sacar la cabeza el que viene desde abajo quede atrapado en uno de los innumerables lazos que esa policía tiene preparados; y si no, tarde o temprano, pero inevitablemente, el puño de alguna de esas instituciones caerá sobre él y lo hará desaparecer. A lo mejor aquel advenedizo hubiera podido ser un héroe o un santo, pero, condenado, queda convertido en un criminal.

En nuestra América sucede todo lo contrario. En primer lugar porque nuestras jóvenes colectividades están siempre predispuestas a la petulancia de las improvisaciones y desprecian la cautela de la vejez; entre nosotros la sorpresa no despierta recelos y temores, sino esperanzas y admiración, y cuando un hombre sube desde los oscuros fondos de las injusticias sociales, aunque tenga todas las apariencias de un criminal nos sentimos dispuestos a considerarlo héroe o santo.

Estas peculiaridades de nuestro carácter pueden ser peligrosas, pero no tenemos por qué abochornarnos de ellas; hasta pueden ser, aprovechadas con más tino, un buen punto de partida para la organización de nuestras repúblicas. Lo fueron ya, puesto que si millones de europeos llegaron en el siglo pasado a nuestra América, como desempleados, analfabetos, perseguidos políticos, y todos desesperados, y aquí encontraron vida nueva para sí y para sus hijos, es porque aquel ambiente americano de arrogantes improvisaciones les preparó campo llano y reglas iguales para la lucha.

Lo grave es que cuando en América nos damos cuenta de que el que creíamos héroe o santo es un simple criminal ya lo tenemos en la propia Presidencia de la República, y aquella multiforme policía que en Europa impide tal asalto o lo corrige y castiga, entre nosotros no puede tener la misma eficacia porque todas nuestras instituciones —leyes, magistratura, periodismo, ejército, costumbres y hasta los modos de juzgar y de sentir colectivos— no están orientadas para la conservación y la defensa sino para el crecimiento y la improvisación. Y debilitadas hasta el extremo: si fue necesario desacreditarlas y casi destruirlas para adquirir nuestra independencia, porque de otra manera nos habrían conservado vasallos, ¿cómo pretender que de la noche a la mañana volvieran a ser consideradas sagradas e intangibles? ¿Y cómo pedir de nuevo respeto para ellas y reconstruirlas sobre modelo europeo, si era contra ellas que se había obtenido ese igualitarismo social que para el inmigrante y para el hispanoamericano era una conquista superior a todas las otras?

Cuando nos damos cuenta de que el que parecía un héroe es simplemente un criminal ya lo tenemos en la propia Presidencia de la República. Y empieza entonces a comer y a beber, a comer y a beber, a comer y a beber, con esa inextinguible voracidad para la cual el pueblo venezolano ha creado esta expresión tan significativa: hambre atrasada. Hambre atrasada, hambre acumulada durante toda su vida, acumulada en la vigilia y entre las visiones del sueño, en el estómago, en la mente y en el sexo, atrasada, acumulada, represada durante largas generaciones. Y para satisfacer su hambre inconmensurable (en realidad nunca la satisfará) el Gran Hambriento reúne alrededor de sí a los más hambrientos del país, de arriba y de abajo, hambrientos ricos y hambrientos pobres, hambrientos poderosos y hambrientos insignificantes, los que tienen hambre de comida y los que por deseos

de venganza, o por lascivia, vanidad, odio, envidia, humillaciones, ignorancia, injusticias, traiciones, vergüenzas —o pura y simple maldad— acumularon hambre, hambre, hambre.

Y todos comen sin saciarse y le llevan de comer a él; como un Gargantúa de pesadilla está espatarrado en la silla privilegiada mientras la afanosa cadena de cortesanos va y viene llevándole los manjares; le llevan dinero, joyas, comida, alcohol, mujeres, lisonjas, medallas, apodos adulatorios, chismes, cuentos cínicos, negocios, drogas afrodisíacas, discursos estafalarios, desfiles, delaciones, banderas o banderines, estadísticas falsas, proyectos administrativos insensatos, libros consagrados exclusivamente a “su gloria” —o simples recortes de diarios pero muy, muy serviles— y mentiras, mentiras, mentiras.

A menudo logran llevarle también —para que toda la vergüenza no sea sólo nuestra— al embajador de alguna gran potencia: como uno de esos gansos que se engordan a la fuerza para comerles el hígado hipertrofiado, así espera el Gran Hambriento desvernancado en la silla privilegiada y con el embudo del arbitrio cortesano hundido hasta el gaznate; y solemnemente el emplumado diplomático te ofrecerá la condecoración más preciada en su país; y si es el Embajador de alguna cultísima nación europea elogia en el condecorado —cerrando untuosamente los ojos— la extraordinaria labor civilizadora que realiza; y si es el Embajador de una gran democracia, proclama —sin cuidarse de cerrar los ojos, sonriendo de oreja a oreja— los inapreciables servicios a la causa de los pueblos que con aquella condecoración se premian.

Ya es hora entonces de inventarle al Gran Hambriento algún sobrenombre consagrador que perpetúe el recuerdo de su obra: el de Restaurador, por ejemplo, tuvo mucha suerte en América; se lo aplicaron a Rosas, a Alcántara y a Castro, quizás también a otros. Y fue una buena ocurrencia, porque restaurador es, según el diccionario, el que restaura; pero también la palabra *restaurante* significa el que restaura y a la vez el establecimiento donde se sirven comidas.

Todos estos gobernantes han podido, pues, ser adulados por sus áulicos como restauradores, restaurantes, proveedores de comida: su gobierno no es sino eso: una inmensa comilona. La nación, afuera, permanece estacionaria o retrocede agobiada por la miseria y la rutina; pero el palacio —el restaurante— cada día se ensancha más y llega a tener variadísimos anexos: bodegas, cavas, tiendas de compra y venta, casas de lenocinio, garitos, cárceles, agencias de propaganda, todo lo necesario para el multiforme e inextinguible apetito de los que trepan a él. Así les atiende a todos, solícito, el Restaurador —ya no dueño sino afanoso sirviente en su propio palacio— y a unos les da comida, a otros les sirve alcohol, a otros les procura mujeres o joyas o dinero, al vengativo le facilita venganzas, el humillado recibe permiso para perseguir, el codicioso para despojar; a todos complace, solícito, el Restaurador, convertido en camarero, alcahuete, tahúr, bufón y verdugo al servicio de todos.

A veces los cortesanos murmuran y aún se abandonan a insinuaciones peligrosas sobre la imbecilidad del amo, o su crueldad o su ingratitud —ésta, sobre todo, los preocupa porque es una maza siempre a punto de caer sobre ellos— o recuerdan veladamente sus crímenes y latrocinios, especialmente aquellos en que están comprometidos otros cortesanos. A veces parece también que se asquean de ver-

lo, y de verse unos a otros, sumergidos en aquella fatigosa farsa, en aquel pantano fétido; a veces parece que se van a indignar y a sacudir, y que por un milagro a ellos mismos extraño van a volver a ser hombres. Pero aparece el amo y todos se adelantan hacia él moviendo la cola perrunamente y aceptan con igual unción reverente los elogios o los insultos, las promesas o las amenazas, que él les reparte. Ni uno solo de aquellos mueve—la—cola volverán a ser hombres.

Pero éstas son tonterías. Lo cierto es que el Restaurador —o Ilustre, Serenísimo, Benefactor, Rehabilitador, Invicto, Caudillo, etc., etc.— ya consagrado internacionalmente, puede dedicarse sobre la inerme nación que ha perdido sus vacilantes instituciones, a imponer las suyas propias, su ejército, sus magistrados, sus leyes, su periodismo, sus costumbres. Y sus leyes sociales dicen, por ejemplo: todos somos iguales y a mí me toca ahora mandar y atesorar, el que se las da de honrado y el que se las da de que sabe son hipócritas que pretenden humillarnos a los que hemos salido del pueblo; y sus leyes penales dicen: el que no roba ni atropella es porque quiere exhibirse melindroso y debemos vigilarlo y atemorizarlo; y sus leyes morales dicen: el que no denuncia al amigo y al hermano, el que no viene a hartarse conmigo, el que habla de patria, honor o justicia, es porque quiere hacer política propia, falta a la lealtad que nos debe y puede ser perseguido y encarcelado. Y estas son las costumbres que poco a poco se imponen, y para conservarlas vigila cuidadosamente la nueva policía de *El Restaurador*: ejército, gendarmería, diarios, magistrados, sindicatos, diplomacia y Universidades.

Pero el país no quiere eso, y llega el día en que hasta el crédulo pueblo que canta cuando sufre y pone su esperanza en los billetes de lotería, se siente dolorido y avergonzado. El país no se conforma, y cada vez con más frecuencia se oyen las palabras que han llegado a ser sediciosas: patria, decoro, libertad, honradez... Y por último la pregunta que atormenta como un cauterio sobre una llaga, la pregunta angustiosa, apremiante, que llega a obsesionar a todos: ¿cómo salir de todo esto, cómo lo haremos, quién lo hará?

Es una pregunta que hostiga, punza, hiere, quema, exaspera, avergüenza y entusiasma.

¿Cómo lo haremos? ¿Quién lo hará?

Cualquier día cualquiera lo hará y el Restaurador, el Invicto, el Único, saldrá en carrera perseguido por las escobas de la chusma.

Pero, entre tanto, todos están perplejos y se culpan recíprocamente.

¿Cómo lo haremos? ¿Quién lo hará?

No lo harán los cuatro ricos que anhelan ser llamados “clase directiva”, pero que lo temen más que anhelarlo; que sueñan con la vanidad y las prerrogativas de ser los “representativos” del país, pero se aterrorizan ante las responsabilidades de esa representación; llegado el caso arguyen que sus cuantiosos intereses no les permiten correr los peligros que el desesperado afronta.

¿Cómo lo haremos, quién lo hará? Algunos dicen que son los intelectuales, “los depositarios del pensamiento nacional”, los que deben responder y asumir aquella responsabilidad, y muchos intelectuales lo creen. Y sueñan: en estos países no existe una clase media, que es la que habla a los de arriba y a los de abajo y la que se encarga de pedir libertad a los poderosos y orden al pueblo; toca, pues a los intelectuales hablar y disipar rivalidades y temores y unir a todos y fijarle rumbo a la

acción. Pero, ¿quiénes serán los intelectuales con derecho a hablar y a condenar? Unos cuantos ancianos austeros, que apartados de la vida por los recelos del Gran Hambriento —“el cementerio de los vivos”, llamó un ilustre a ese confinamiento en la inacción y la anonimía— vuelven ahora a la luz en el momento de extremo peligro, pero sólo para ofrecer, desconocidos ya en propia patria, su inútil y tardío sacrificio; o bien los jóvenes, casi niños todavía, que ciegamente, rabiosamente, toman sobre sí la desmesurada tarea y se convierten en héroes o mártires antes de haber llegado a ser hombres. Sólo héroes o mártires, porque para la eficacia de la acción sus palabras serán tan irrisorias como aquellos cartelones con los cuales salieron un día de la escuela para culturizar al pueblo, y en los cuales habían escrito: “Analfabeto, aprende a leer”. No nos burlemos: ese requerimiento ridículo y conmovedor es el símbolo más adecuado —no ya solamente en nuestros pueblos, sino en toda la humanidad— del bien que no puede triunfar, de la palabra generosa que no puede ser oída, de la voz que clama en el desierto.

¿Cómo lo haremos, quién lo hará? No lo hará tampoco el pueblo: él es quien lo pregunta; él, engañado, desamparado, sólo puede ofrecer víctimas, más comida para el ganso Gargantúa. Además, con frecuencia él confía todavía en el Gran Hambriento; hubo un día en que lo vio como uno de los suyos y aún espera que alguna vez mirará hacia abajo y recordará desde su altura todopoderosa los sufrimientos que se agitan en la sima tenebrosa; “es que está mal aconsejado”, piensa ingenuamente, y sigue aguardando su intervención con la misma fe con que reza y compra billetes de la lotería; más aún: cuando todavía teníamos nuestras románticas guerras civiles, el hombre del pueblo era el primero que, dejando atrás el llanto de su mujer y de sus hijos, con el solo avío de su cobija y su machete, iba a sacrificarse por cualquiera que asomara la cabeza desde abajo y lo creía “un revolucionario”. Un revolucionario, el profeta y el mesías de esos “tiempos mejores” que figuraban en casi todas las proclamas, en casi todas las canciones y en todos los sueños del pueblo.

¿Cómo lo haremos, quién lo hará? La pregunta va y viene, corre, sube y baja, se convierte en susurro, grito, llanto, queja o maldición, la repite el niño, la mujer y el anciano, avergüenza y exalta. ¿Cómo lo haremos, quién lo hará?

Cualquier día cualquiera lo hará, y el Rehabilitador, el Serenísimo, el Ilustre, desaparecerá entre burlas y maldiciones.

Desaparecerá el Restaurador, se cerrará el gran restaurante. Y el burdel y la casa de juegos y la agencia de negocios anexos. Cesarán las borracheras, las risotadas, los gritos de los torturados y el alarido escandaloso de las prostitutas. Cambiando guiños cínicos de menosprecio contra el amo de ayer, se dispersarán los aduladores. El palacio presidencial se prepara para recibir un nuevo dueño; dueño, no: apenas inquilino; quizá fugaz inquilino. De toda la batahola de la víspera no queda nada. Acaso en alguna pared un “¡Viva el Restaurador!”, letrado tan inexpresivo ahora que ya nadie tiene interés en borrarlo. Un granuja le agregará, también en grandes letras, alguna apostilla obscena: la voz de la historia.

Cualquier día cualquiera lo hará, pero entre tanto la vida de la nación es una densa sombra poblada de sobresaltos y de proyectos insensatos; en medio de esas tinieblas se buscan las manos coléricas de los conspiradores y vagan los propósitos idealistas de los jóvenes; unos viven obcecados por el propósito inmediato

—limpiar y castigar— otros estudian cuidadosamente y analizan doctrinas y experiencias, porque temen no estar bien preparados para el día de la reconstrucción; ayer todos parecían entregados para siempre al pesimismo y la inacción, hoy todos se agitan en la clandestinidad de la protesta y de la inminente rebelión. Pero, sobre todo, mientras ayer nadie parecía pensar en la Patria y sólo se veía como realidad del país la gozosa arrebatifia de los hambrientos, de pronto, ardientemente, rabiosamente, vuelve el pensamiento colectivo a buscar amor y ejemplo en la historia de la patria, a pedir perdón y esperanzas a las sombras tutelares de la nacionalidad. Y se advierte con exultante sorpresa que también en el presente muchos hombres de finísima calidad moral representan una realidad que a todos reconforta; ayer nadie se fijaba en ellos, no se creía que existiesen, y hoy se van descubriendo por doquiera: en el ejército, en el periodismo, en el sacerdocio, en el magisterio, entre los intelectuales, en el pueblo; entre los pequeños funcionarios que —ahora se reconoce— han visto pasar a su lado el río de las tentaciones sin abandonar su inflexible fidelidad a la tarea ingrata y oscura; aún entre los ricos, que parecían todos egoístas y medrosos; aún entre los políticos, pues han sido muchos los que bajo las miradas suspicaces y ávidas del Gran Hambriento —a veces a su lado mismo— han conservado, sin embargo, el decoroso desdén de los rebeldes. Con este puntito de declamación —que se hace tan sincera en los momentos de tragedia y exultación— todos lo celebran. Es una nueva Patria que salo a luz repentinamente, otra patria, mientras aquella envilecida y grotesca que rodea al ganso Gargantúa parece desdibujarse y disolverse, ya condenada, casi ya desaparecida.

Tal era entonces la situación de Venezuela. ¿Para qué definir y personificar al Gran Hambriento de aquellos días? ¿Qué importancia tiene averiguar ahora si era más vengativo que codicioso, más lujurioso que malvado, más ignorante que envidioso? Era todo eso a un mismo tiempo, porque el Gran Hambriento —en toda América y en todos los casos— es, sobre todo, eso: un hambriento, un pequeño, un mezquino, y cuando la pequeñez asciende a una posición de grandeza reacciona con rencor, desconfianza, envidia, crueldad, codicia, hambre, hambre, hambre.

¿Para qué averiguar si era malvado por envidioso o por desconfiado, si perseguía por miedo o por crueldad, cuándo despojaba por codicia y cuándo por rencor? En realidad los gobiernos que se llaman unipersonales, lo son menos que cualquiera otro, porque todos los favoritos del Único participan libremente en las atribuciones esenciales del poder que han establecido, y unos pueden saciar su rencor y otros su envidia y otros su codicia y otros su miedo. Y el Gran Hambriento que los preside debe engullir todos esos crímenes y complicidades; todo va mezclado, sin discriminación posible, en el embudo que sus cortesanos le han hundido en el gaznate.

Pero en aquellos días se sentía, sí, algo nuevo, y cargado de esperanzas, y era que la rebelión inminente había sido preparada por unos cuantos jóvenes —casi niños muchos de ellos— que de pronto se dieron a la tarea, al parecer insensata, de despertar la conciencia colectiva, más tarde de organizar la revuelta, de allegar por doquiera recursos y simpatías, formular programas, buscar hombres entre el viejo limo aluvional del caudillismo y de la política, convencerlos y aproximarlos, darle masa y jefes a la conspiración. Todo lo estaban haciendo ellos y se prometían también vigilar para que no se repitiera una vez más el tradicional escamoteo

—por vosotros, pero no para vosotros— que frustraba en América todas las revoluciones. Aquélla no sería la revolución de un caudillo o de un grupo político, una revolución más; era la revolución de ellos —la Revolución— para realizar los proyectos de reconstrucción republicana que durante largas noches los mantenía en vela, discutiendo, estudiando, seleccionando experiencias y personalidades aprovechables en el cercano porvenir, sopesando las fuerzas o las insidias que pudieran arruinar la obra.

Como si a una ciudad largo tiempo abandonada, donde las malezas y las bestias arruinaron y han ido borrando las que fueron casas, academias, murallas, iglesias y magistraturas, de pronto regresa el héroe tutelar, convoca a los dispersos dueños de aquellas ruinas, los incita a limpiarlas, reconstruirlas y poblanas, y obedientes a su voz todos se dispersan en el recinto querido y familiar donde vuelven a oírse —como si jamás hubiesen callado— el ruido del trabajo, la deliberación en la plaza pública, las risas de los niños, la voz de los magistrados, las canciones y las plegarias de todos, así —cándida, clásica, eterna imagen— así en aquellos días veían los jóvenes reconstruirse la Patria.

Mientras la que hasta entonces había sido realidad absorbente y enloquecedora, la ciudad formada alrededor del Gran Hambriento — adúladores, prostitutas, esbirros, aprovechadores, alcahuetes, corte de los milagros donde cada cual exhibía una deformación espiritual y lucraba con ella — bajo el velo de su próxima muerte parecía ya muerta.